

Día de Todos los Fieles Difuntos y Almas incluyendo la Suya

Job 19,1, 23-27; Sal 23; 1 Cor 15,51-57; Jn 6,37-40;
Sab 3,1-9; Filipenses 3,20-21; Jn 11,17-27;
2 Mac 12,43-46; Apoc 14,13; Jn 14,1-6

Hoy, con los Católicos de todo el mundo, conmemoramos a todos los fieles difuntos: aquellos que murieron hoy mismo en Hyannis, los que murieron hace siglos en tierras lejanas, los amados miembros difuntos de nuestras familias y aquellos cuyos nombres son conocidos solo por Dios. Noviembre es el mes en que la Iglesia recuerda a los muertos. Comenzamos el mes, como hicimos ayer, celebrando a los santos (quienes están definitivamente en el cielo, los santos canonizados y no canonizados) e invocando su intercesión mientras continuamos en nuestra peregrinación de fe en este mundo. Hoy recordamos a todos los demás que nos han precedido con el signo de la fe e inauguramos un mes de intensa oración por ellos.

¿Por qué oramos por los muertos? Por dos motivos. Primero, porque los muertos pueden necesitarlo. Salvo en el caso de un santo canonizado, cuya presencia en el cielo es “certificada” por Dios mediante los milagros (que solo Dios puede realizar), por intercesión de esa persona después de su muerte, no sabemos dónde están los que han partido a la vida eterna. Es una verdad de fe que, para entrar directo al cielo, uno debe estar completamente unido a Dios y separado del pecado y de todo afecto por él. “Nada impuro podrá entrar al cielo”, nos dice el libro del Apocalipsis (Apoc 21,27). Hay muchos que no viven y mueren con ese tipo de pureza de vida, ese apego radical a Dios y ese desapego radical de todo lo que no es de Dios y, por lo tanto, necesitan ser purificados para entrar al reino en el que Dios es todo en todos. Tradicionalmente, este estado en el que se purifican los muertos ha sido llamado “purgatorio” por la Iglesia, del latín “purgare”, que significa “purificar”.

A veces, los Protestantes intentarán afirmar que el Purgatorio es un invento de la Iglesia, que no sirve orar por los muertos, pero esta afirmación contradice la Escritura y la práctica constante de la Iglesia que se remonta al principio. En el segundo libro de los Macabeos, escrito unos 140 años antes del nacimiento de Cristo, vemos que el pueblo judío ofreció sacrificios en el templo para todos aquellos que habían traicionado al Señor conspirando con los griegos que buscaban destruir el templo y la fe judía. Muy a propósito, el sagrado autor escribió: “Porque si no hubiera esperado que los caídos en la batalla iban a resucitar, habría sido inútil y superfluo orar por los difuntos” (2 Mac 12,43-45). En el Evangelio, Cristo dice: “Al que diga una palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este mundo ni en el futuro” (Mt 12,32), lo que implica claramente que hay algunos pecados que pueden ser perdonados en el futuro, el tipo de pecado que, según la primera carta de San Juan, no es “mortal”.

La Iglesia primitiva da varias indicaciones claras de la práctica de orar por los muertos. Una que conozco bastante bien, por mis cinco años como guía del Vaticano. Bajo la basílica de san Pedro, hay una ciudad pagana de los muertos que fue redescubierta hace poco más de sesenta años. Había sido enterrada por el emperador Constantino en el siglo IV para que la primera basílica de san Pedro pudiera construirse sobre ella, centrada literalmente sobre la tumba de san Pedro que fue enterrado en el área que, con el tiempo, se convirtió en la necrópolis. Antes de tapar la necrópolis con tierra, Constantino permitió que los miembros de la familia pagana quitaran los restos de sus seres queridos y los llevaran a otra necrópolis, para que pudieran seguir visitando sus tumbas. La mayoría de las familias paganas comenzaron a sacar a sus seres queridos.

Curiosamente, sin embargo, mientras ocurría este éxodo de muertos paganos, los cristianos aprovecharon la oportunidad de desenterrar a sus muertos y volver a sepultarlos lo más cerca posible de la tumba de san Pedro, esperando que san Pedro intercediera de manera especial por amor a aquellos que serían sus “vecinos” a la espera de la resurrección del cuerpo. Cuando se excavó la necrópolis en la década de 1940, encontramos algunas de las inscripciones dejadas por los cristianos cuando colocaron a sus seres queridos en los mausoleos paganos evacuados antes de que se enterrara la necrópolis. Dieron testimonio de la práctica cristiana temprana de la oración por los muertos. Una estaba escrita en latín y decía: “Pedro, ruega a Cristo por todos los santos hombres y mujeres cristianos enterrados cerca de tu cuerpo”. Además de mostrar claramente la creencia y práctica cristiana temprana en la comunión de los santos y su intercesión, esta inscripción mostró que los primeros cristianos también creían que los muertos podrían encontrarse en un estado en el que necesitan nuestras oraciones. Esto es sentido común: si sus seres queridos hubiesen estado en el cielo, no habrían necesitado oraciones, y ningún cristiano ha creído nunca que podría haber un permiso del infierno. Eso significa que implícitamente creían en un tercer estado, temporal, en el que los muertos necesitan nuestras oraciones.

El segundo motivo por el que oramos por los muertos es porque nuestras oraciones realmente pueden ayudarlos, y lo hacen, si están en el estado de purificación llamado purgatorio, ese estado en el que todo amor propio se transforma en amor de Dios. El segundo libro de los Macabeos nos dice de manera breve: “Es un pensamiento santo y piadoso orar por los muertos, para que sean liberados de sus pecados” (2 Mac 12,45). El Catecismo de la Iglesia Católica dice: “Desde los primeros tiempos, la Iglesia ha honrado la memoria de los difuntos y ha ofrecido sufragios en su favor, en particular el sacrificio eucarístico, para que, una vez purificados, puedan llegar a la visión beatífica de Dios. La Iglesia también recomienda las limosnas, las indulgencias y las obras de penitencia en favor de los difuntos” (CIC 1032). Dios ha establecido la economía de la salvación para que nuestras obras de amor ofrecidas en unión con el propio sacrificio de Cristo puedan ayudar a otros.

Cristo nos llama a ser corredentores con Él. Así como su pasión, muerte y resurrección trajeron la salvación a toda la raza humana, nuestras obras de amor unidas a la suya, por el propio designio de Dios, pueden ayudarlos. Por este motivo, san Pablo pudo exclamar: “Completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, para bien de su Cuerpo, que es la Iglesia” (Col 1,24). Por sus propias oraciones, incluso aquellas que hacemos con nuestro cuerpo mediante el ayuno y otros sacrificios, o en nuestro espíritu, dando limosna y realizando devotamente las prácticas piadosas a las que la Iglesia otorga indulgencias que pueden aplicarse por amor a los muertos, somos corredentores con el Señor. Orar por los muertos es una obra espiritual de misericordia, una obra espiritual de redención. La oración más grande de todas las que podríamos ofrecer por los muertos es la oración de la Misa, cuando unimos nuestras propias oraciones personales (las que emanan de nuestros labios, nuestros corazones, incluso nuestros cuerpos en todo tipo de acciones de sacrificio de amor por los demás) a la oración de Cristo en la Misa, la continua y redentora que comenzó durante la Última Cena y terminó en la Cruz. Esta es la razón por la cual la Iglesia ha venerado por siglos la práctica de orar por los muertos en la Misa, teniendo explícitamente Misas ofrecidas por un ser querido particular, así como orando, en cada

oración Eucarística, por “todos los que nos han precedido con el signo de la fe” (Plegaria Eucarística I), incluso para aquellos “cuya fe solo [Dios] conoce” (Plegaria Eucarística IV).

Pero hay otro propósito para el Día de Todos los Fieles Difuntos y el mes de noviembre, además de orar y sacrificarse por aquellos que partieron antes de nosotros. Los frailes Capuchinos, la comunidad a la que pertenece el arzobispo Sean O'Malley, tienen unas cuantas capillas en Europa que estoy seguro de que son muy diferentes de cualquier otra Iglesia que conozcan. He visitado dos de ellas, una en Évora, Portugal, y la otra muy cerca de la Embajada de los Estados Unidos en Roma. En el sótano de cada una, hay una capilla del Purgatorio en la que todo (y quiero decir TODO, desde las paredes hasta el suelo, incluidos el techo, el púlpito y las patas del altar) está hecho de huesos y esqueletos de miles de frailes fallecidos. Tal concepto puede parecer extraño para nuestras sensibilidades americanas, pero tiene un propósito claro. Colgando de las paredes al lado de la capilla hay tres frailes descomponiéndose ante nuestros ojos, con la cantidad exacta de años que el cuerpo de cada uno ha estado en descomposición. Junto a ellos hay un letrero que dice: “DONDE ESTÁS, UNA VEZ ESTUVIMOS; DONDE ESTAMOS, UN DÍA ESTARÁS... RECUERDA LA MUERTE Y APRENDE A VIVIR”. El segundo propósito del Día de Todos los Fieles Difuntos y de este mes de noviembre es que recordemos el hecho seguro de que CADA UNO DE NOSOTROS MORIRÁ. Cada uno de nosotros nace bajo una sentencia de muerte. En el momento de nuestra muerte, nos encontraremos cara a cara con Dios: Dios que es infinitamente misericordioso y que nos amó tanto que intercambió la vida de su propio Hijo en la Cruz por la nuestra; pero Dios que también es infinitamente justo, un Dios que lo sabrá todo, un Dios a quien no podremos engañar ni convencer con palabras a fin de pasar, un Dios a quien le será tan obvio como a nosotros dónde ha estado nuestro tesoro en la Tierra. Lo más sorprendente de todo es que no tenemos ni idea de cuándo ocurrirá este encuentro. Podemos morir incluso esta noche, si no antes. No importa cuán viejos o jóvenes seamos, no importa cuán enfermos o sanos, la muerte vendrá a todos nosotros y lo hará, en palabras de Jesús, como un “ladrón en la noche” (Mt 24,43). Y ese robo podría darse en cuestión de minutos.

Recordar que vamos a morir, y que podríamos hacerlo más temprano que tarde, no debe ser mórbido. De hecho, debería ser beneficioso. Durante el Renacimiento, que fue un período de muchos ahorcamientos públicos, existió la expresión común de que “la horca enfoca la mente”. Algunos incluso veían la pena de muerte como misericordiosa para los ahorcados, darles un conocimiento claro de que morirían “al día siguiente”, de modo que aquellos que eran propensos a cometer los tipos de hechos por los que podrían ahorcarlos tenían la posibilidad de reconciliarse con Dios. Todos nosotros estamos en algún sentido ante la certeza de que nuestra propia muerte debería “enfocar nuestra mente”. Todos moriremos y, por lo tanto, debemos hacer las paces con Dios. Esta era la sabiduría de los cadáveres Capuchinos, predicándonos aún en la muerte: “Donde estás, una vez estuvimos; donde estamos, un día estarás. Recuerda la muerte y aprende a vivir”. ¿Qué significa? Descubrimos la respuesta en las enseñanzas y las vidas de algunos de los grandes santos. Solían despertar cada día y vivirlo como si fuera el último. En sus retiros, homilías e instrucciones varias, nos aconsejaron despertar cada día y pensar: “Es posible que muera hoy”. Sugirieron que vivamos cada hora del día como si fuera la última. Vivir cada evento como si fuera lo último que haremos. Lo sorprenderá la gran diferencia que marcará “recordar la muerte” para ayudarlo a “aprender a vivir”. Ya ha marcado una gran diferencia para mí. Cuando estoy teniendo una conversación con alguien que realmente pone a prueba mi paciencia, me digo a mí mismo: “Roger, sé caritativo y paciente. Esta puede ser la última conversación que tengas. Atesórala”. Si me siento tentado de apurarme en mis oraciones, me recuerdo: “Roger, puedes morir dentro de una hora. Ora por todo aquello por lo que lo harías si supieras que esta es tu última oportunidad”. Mi oración toma un nuevo significado. Si siento la tentación de cometer un pecado, recuerdo que ese hecho podría ser lo último que haga, y que si no vale la pena para ganar EL MUNDO ENTERO si pierdo mi alma en el proceso, entonces, seguramente no vale la pena ganar cualquier placer momentáneo e ilusorio que ese pecado en particular pueda dar. De hecho, si nos diéramos cuenta

de que realmente podemos morir hoy (porque no sabemos el día ni la hora y hoy es tan probable como dentro de cinco años), cambiaría toda nuestra manera de pasar el día. ¿Qué haría si supiera que morirá hoy? ¿Iría a confesarse? Si es así, entonces vaya. No sea tonto ni se rinda ante la mayor mentira del diablo de que siempre hay tiempo. ¿Llamaría a alguien y le diría a esa persona que la ama? Entonces, hágalo.

¿Llamaría a alguien que ha herido y le diría que lo siente? Entonces, no lo postergue. Si esta fuera la última Misa a la que asistiría, ¿cedería ante la tentación de abandonar la Misa temprano, como lo hizo Judas en su primera y última Misa? Bueno, entonces, quédese un poco después de la Misa y dé gracias a Dios por el regalo de la Misa, que es mucho más importante que cualquier cosa que hagamos después de ella. Despertar cada mañana y vivir cada día como si fuera el último es el secreto para que nuestra vida se mantenga viva realmente; atesorar cada momento, cada persona, cada evento como un verdadero regalo. Es el secreto de los santos, que en coro nos recuerdan esa verdad al comienzo de este mes de noviembre.

“Recuerda la muerte y aprende a vivir”. Cuando nos reunimos para conmemorar a todos los fieles difuntos y comprometernos a orar y sacrificarnos por ellos a fin de que puedan ser purificados de lo que no les permite alcanzar la plenitud del reino de Dios, también recordamos que, a través de nuestra oración y nuestros sacrificios, Dios nos está purificando también de lo que nos aleja de ese mismo reino. Cuando unimos estas oraciones a la de Cristo desde el Cenáculo y la Cruz por nosotros y nuestra salvación, le pedimos que nos ayude a recibir esta Comunión con el amor con el que esperamos recibirlo en nuestro viático, porque hoy puede ser nuestro viático. Cuando nos preparamos para recibirlo a Él que es la resurrección y la vida, el Conquistador del pecado y la muerte, el Pan Vivo que descendió del cielo para que comamos de Él y nunca muramos, le pedimos la gracia de morir para nosotros mismos a fin de que podamos resucitar de entre los muertos en nuestro interior, y para que podamos vivir juntos con Él plenamente en esta vida y para siempre en la siguiente.

¡Alabado sea Jesucristo!

El P. Roger Landry es sacerdote de la Diócesis de Fall River. Esta homilía se adaptó con permiso de su sitio web, catholicpreaching.com.